

JOSEPH MAGUIRE, *Power and Global Sport. Zones of Prestige, Emulation and Resistance*, Routledge, London, 2005. 198 páginas.

¿Alguien se ha parado a pensar alguna vez sobre la conexión existente entre once jugadores corriendo tras una pelota y la identidad de un país? ¿Y sobre la representación evocativa de esa identidad nacional en una entrega de medallas en la que se iza la bandera y suena el himno al tiempo que el atleta laureado muestra un rostro compungido por la emoción? Este libro trata del núcleo del que parten esas cuestiones, a saber, la relación entre deporte y políticas de identidad territorial, en concreto, nacional.

Es ésta la última obra de un autor, Joseph Maguire, con cierta relevancia en el ámbito anglosajón pero desconocido para el público español, quizá más si cabe en el ámbito de la teoría política. Sin embargo, su obra debe entenderse como continuación de la de otro gran investigador social con el que confiamos el lector tenga mayor grado de familiaridad: Norbert Elias. Digamos algunas palabras sobre éste para entender cual es su conexión con el trabajo de Maguire. Toda la producción investigadora de Elias se revuelve y agita alrededor de la cuestión del proceso de civilización, de los cambios de largo alcance producidos en las sociedades a nivel general (sociogénesis) y en cada uno de los individuos que las conforman (psicogénesis). En esa visión dinámica de los procesos sociales da especial importancia a la formación del Estado Moderno, pasando de un antiguo régimen a la modernidad en la cual se van

a configurar asimismo las imágenes ideales de una colectividad como nación. Gran parte de esos códigos de comportamiento y sensibilidad que luego se identificarán como códigos nacionales se establecieron en la etapa de tránsito que Elias consideraba la sociedad cortesana que, en sus propias palabras, constituía en sí distintos “talleres de civilización”¹. Sus análisis acerca de la transformación de las cortes francesa, alemana e inglesa en distintos períodos son un intento de dar cuenta de la formación de lo que luego serán los códigos nacionales de tales países. Es en esa construcción dinámica de la comunidad, con sus acontecimientos históricos clave, con sus relaciones de amistad o rivalidad con otros grupos humanos, donde va sedimentando poco a poco una imagen ideal de lo que constituye al individuo como tal, al menos desde la perspectiva de pertenencia a un grupo nacional. Por ejemplo, en el caso de Inglaterra, el desarrollo del parlamentarismo político, del deporte y el Imperio serán tres manifestaciones de un mismo proceso en el desarrollo nacional que quedarán asociados a la figura del *gentleman* que acaba asimilándose a la imagen general de lo que significa ser inglés. Esos sedimentos de identidad quedan apegados afectivamente de tal forma a los individuos que llegan a constituirse como parte de su habitus, como una segunda naturaleza. Esa identificación con el *nosotros* no siempre se realiza hacia lo que Elias denomina

¹ Stalinas FONTAINE, “The Civilizing Process Revisited: Interview with Norbert Elias”: *Theory and Society*, n.º 5 (1978), p. 251.

“carisma de grupo”, asociado a una imagen fuerte y positiva, sino que puede asociarse a la “desgracia de grupo”, imagen débil o negativa que puede provenir de un pasado de dominación colonial, fruto de la propia imagen impuesta en gran medida por los conquistadores². Además, la propia imagen colectiva no se encuentra libre de contradicciones y tensiones, muestra del hecho de que la integración política de un territorio no haya sido realizada de forma satisfactoria.

A Maguire podemos considerarle continuador de ese proyecto centrado sobre todo en cuestiones relativas al desarrollo y transformación emocional de las sociedades. Para ello utiliza como terreno privilegiado la actividad deportiva. Es en ésta donde la afectividad se torna algo primordial, tal y como se torna en aquéllas capas que conforman los estratos profundos de los habitus. Así, el análisis del deporte para él es fundamental si se quieren entender ciertos aspectos de las políticas de identidad asociadas al lugar de pertenencia, teniendo especial predominancia los colectivos nacionales (que no siempre coinciden con las lindes de un estado). Los equipos nacionales constituyen quizá la más clara representación cultural y encarnación simbólica de la identidad de un país. En este sentido la escenificación de la contienda deportiva es capaz de reactivar o reafirmar ciertas memorias colectivas almacenadas en la identidad individual, en los habitus (concepto que Maguire deforma en parte en Elias, asemejándolo al enfoque de Pierre Bourdieu), de reafirmar

y resarcir glorias pasadas o de potenciar aún más el declive moral de ciertas colectividades. Desde este punto de vista, lo deportivo puede servir entonces como termómetro para medir el tipo de relaciones entre grupos humanos, ya sean nacionales, autonómicos, regionales, etc. Podemos estudiar si hay identificación entre esos grupos o predomina la rivalidad, estableciéndose una clara oposición entre el *nosotros* y el *ellos*, y si esa relación ha variado con el paso del tiempo. Además podemos estudiar la articulación de las distintas capas del habitus referidas al lugar de pertenencia, asociando, por ejemplo, el apoyo a las distintas equipaciones con el sistema de articulación territorial del país al que pertenece. También sirve para analizar distintos aspectos de la identidad nacional: ver cómo se apoya a los equipos, qué imágenes se proyectan sobre ellos (siendo los jugadores la encarnación de la propia imagen nacional), si hay componente de nostalgia de glorias pasadas o una autocrítica severa, etc. El análisis del grado de identificación, de adhesión o crítica hacia tales representaciones puede decir mucho acerca del nivel de integración de un país. Pero también sobre procesos de integración territorial más amplios; así, Maguire apunta cómo la poca identificación actual con la idea de un equipo representante de la Unión Europea puede ser algo muy significativo para medir el grado de integración de las unidades nacionales en ese marco supranacional.

Como he señalado, Maguire liga la visión sociológica de Elias y su preocupa-

² Norbert ELIAS, *El proceso de Civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp. 515ss.

ción por los procesos de civilización al estudio de las emociones mediante el análisis de lo deportivo. Pero el marco que elige para tal tarea infunde a su obra cierto halo innovador: trata esta temática siempre a escala global. Pretende ver hasta qué punto el deporte sirve como promotor de una integración de códigos internacionales afectivos —visión de bonanza asociada al movimiento olímpico— o si por el contrario agudizan la separación y la rivalidad hostil entre grupos humanos. Como apunta el autor, dependerá de la situación el que la articulación de tales tendencias se produzca de un modo específico en cada caso. Es éste un proyecto que lleva desarrollando desde inicios de los años noventa, esfuerzo que cristalizó a finales de la década con la publicación del ya clásico *Global Sport: Identities, Societies, Civilizations*³. El libro que aquí nos ocupa puede entenderse como una continuación de la temática de tales trabajos pero con una nueva aportación. Pretende mostrar en concreto cuál es la relación local/global respecto a las políticas de identidad. Para ello se sirve de un análisis localizado en diversas actividades tal y como se desarrollan en el Reino Unido. Ésta es la parte central del libro —que Maguire escribe en colaboración con distintos autores— y en ella podemos observar diversas manifestaciones de las conexiones globales-locales: desde el análisis sobre los movimientos internacionales migratorios de jugadores en el cricket al modo en que el propio equipo deportivo se concibe como pieza clave para el mantenimiento de identidad comunitaria frente a

fuerzas que se sienten como extrañas y que se experimentan como referidas a procesos generales de globalización, algo que se deja notar más claramente en las grandes ciudades. Fundamental también para ver esa relación local-global es el estudio del grado de penetración de modalidades deportivas de tradiciones culturales ajenas o la modificación de las propias debido a factores internacionales. Parece increíble la poca atención que ha recibido hasta ahora el deporte como manifestación cultural —ni una palabra desde los *Cultural Studies*—, fundamental para entender la transmisión de valores en los flujos internacionales (sobre todo gracias a lo que el autor denomina complejo medios de comunicación-deporte) y las formas de “recepción, resistencia y trascendencia” de esas formas culturales. Durante los años ochenta y noventa proliferaron una serie de competiciones-productos o marcas no nacionales, previstos para su expansión internacional: la *Liga Super-12* en rugby, la *Champions League* en fútbol, circuitos internacionales de tenis, de ciclismo, de motos y coches etc. A ello va asociado todo un modelo cultural concreto, una ideología y unos valores determinados. Sin embargo, su recepción a nivel local difiere, lo que supone la negación de la tesis unilateral de la homogeneización; más bien se puede hablar de un encuentro de donde surgen nuevas formas culturales. Esto da la posibilidad de encarnar simultáneamente “tendencias particularistas y universalistas”. Maguire hace notar por ejemplo que mientras otros productos americanos de cultura popular (desde series de

³ Joseph MAGUIRE, *Global Sport: Identities, Societies, Civilizations*, Polity Press, Cambridge, 1999.

televisión a la ropa o la música) sí han logrado transplantarse en otros lugares como Europa no ha ocurrido de tal modo con sus formas deportivas autóctonas: ni el fútbol americano, ni el béisbol, ni las carreras de coches *Nascar* han adquirido relevancia fuera del ámbito americano.

En la última parte del libro, Maguire se aleja algo de la consideración local-global en la construcción de identidades para tratar la manera clásica en la que políticamente se concibe el deporte en la actualidad: como escaparate de las relaciones internacionales. Para ello toma como referencia la adjudicación de los JJOO de 2008 a Beijing. Debido a que los juegos son hoy un escenario propicio para la disputa del estatus y prestigio nacional, así como una demostración del nivel de desarrollo social, la adjudicación de la organización de ese gran acontecimiento deportivo (en el que además entran en juego grandes beneficios comerciales y económicos) es un hecho significativo para identificar la variación de los centros de gravedad políticos y económicos a nivel planetario. Para Maguire, la adjudicación en 2001 de los juegos a Beijing no estuvo exenta de polémica entre Estados Unidos y China. Sin embargo, la administración Bush, aún con serias dudas sobre si denegar su apoyo a la candidatura de Beijing, apoyándose en la violación de los derechos humanos (algo que denuncia-

ron también el Parlamento Europeo y organizaciones como Amnistía Internacional) al final decidió no comprometer sus intereses comerciales en la zona asiática. Tanto Estados Unidos como el Comité Olímpico Internacional trataron de separar el mensaje deportivo de lo político para evitar el espinoso asunto de los derechos humanos. Estos hechos parecen mostrar que lo que está ocurriendo es un cambio en la balanza de las relaciones geopolíticas y económicas entre occidente y oriente, si bien de momento las reglas de juego están siendo adquiridas a partir del modelo occidental.

Como reflexión final, Maguire llama a la responsabilidad a aquellos intelectuales asociados al mundo deportivo que tienen la obligación de realizar y mostrar unos análisis críticos de la situación actual que ayuden a desarrollar modelos somáticos más sostenibles que el de la mera competición del espectáculo de la elite y que ayuden en mayor medida a la construcción y desarrollo de la ciudadanía dentro de unos sistemas democráticos comprometidos con el bienestar y el desarrollo de sus ciudadanos.

En resumen, este libro es una buena introducción, no sólo a la obra de Maguire, sino en general a lo deportivo como fenómeno relevante para el análisis político de la construcción de identidades colectivas.

RAÚL SÁNCHEZ GARCÍA